

inteligencia y armonía de nuestra familia. En fin, yo me entretenía en pensar en mi marido, que no me agradaba gran cosa y que no hacía nada para mostrarse amable durante los primeros goces de la maternidad, que fueron tanto más vivos cuanto que no conocía otros. ¡Me habían machacado tanto la idea del respeto que una madre se debe á sí misma!... Por otra parte, á una muchachuela le gusta mucho siempre jugar á la *mamá*. A la edad que yo tenía, un niño reemplaza á la muñeca. ¡Estaba yo tan orgullosa de tener aquella flor! porque Jorge era guapo... una maravilla. ¿Cómo pensar en el mundo cuando se tiene la dicha de cuidar y criar á un angelito? Yo adoro á los niños cuando son pequeños, blancos y rosados. Yo no veía más que á mi hijo, vivía con mi hijo y ni siquiera permitía que la niñera lo vistiese y le cambiase la ropa. Estos cuidados, tan fastidiosos para las madres que tienen un regimiento de hijos, eran para mí un placer; pero al cabo de tres ó cuatro años, como yo no soy completamente tonta, á pesar del cuidado que tenían en taparme los ojos, la luz acabó por llegar á ellos. ¿Se imagina usted verme al despertar cuatro años después, en 1819? *Los dos hermanos enemigos* son un juego al lado de una madre y una hija colocadas en la situación en que nos vimos la duquesa y yo. Entonces desafié á ella y á mi marido, haciendo coqueterías públicas que dieron mucho que hablar. Ya comprenderá usted, amigo mío, que los hombres que dieron lugar á que se me tachase de ligera tenían para mí el mismo valor del puñal con que uno se sirve para herir á su enemigo. Preocupada con mi venganza, yo no sentía las heridas que me hacía á mí misma. Inocente como una niña, pasaba por una mujer perversa, por la peor mujer del mundo, y yo no sabía nada. El mundo es muy tonto, muy ciego y muy ignorante; sólo penetra los secretos que le sirven de distracción, y cuando se trata de cosas grandes y nobles se pone las manos sobre los ojos para no verlas. Pero me parece que en aquel tiempo yo tuve miradas, actitudes y movimientos de altivez que hubieran tenido gran valor para un buen pintor. Yo debí iluminar algunos bailes con las tempestades de mi cólera y con los torrentes de mi desprecio. Poesía perdida. Esos sublimes poemas sólo se hacen cuando la indignación se apodera de nosotras á los veinte años. Más tarde ya no se indigna una: se siente cansada, no se asombra del vicio, se vuelve cobarde, se tiene miedo. ¡Oh! yo iba

bien, muy bien. Yo he representado el papel más estúpido del mundo, pues me han achacado muchos crímenes sin haber disfrutado de sus beneficios. ¡Sentía tanto placer en comprometerme! ¡Ah! yo he hecho picardías de niño. Una vez me fui á Italia con un joven aturdido y lo planté tan pronto como me habló de amor; pero cuando supe que se había comprometido por mí falsificando una letra para tener dinero, corrí á salvarle. Mi madre y mi marido, que sabían el secreto de estas cosas, me tenían de la brida como á una mujer pródiga. ¡Oh! aquella vez me presenté al rey, y Luis XVIII, aquel hombre sin corazón, se sintió conmovido y me dió cien mil francos de su bolsillo. El marqués de Esgrignón, ese joven que tal vez conocerá usted, que hizo después un rico matrimonio, fué salvado del abismo en que había caído por mí. Aquella aventura causada por mi ligereza me hizo reflexionar y entonces noté que yo era la primera víctima de mi venganza. Mi madre, mi marido y mi suegro tenían al mundo de su parte y parecían proteger mis locuras. Mi madre, que sabía que era yo demasiado altiva, demasiado grande y demasiado Uxelles para obrar de un modo vulgar, se asustó entonces del mal que me había hecho. Tenía entonces cincuenta y dos años, se había ido de París para vivir en Uxelles y ahora se arrepiente de sus faltas y las expía mediante una devoción exagerada y un afecto sin límites por mí. Pero en 1823 me dejó sola frente á frente del señor Maufrigneuse. ¡Oh! amigo mío, ustedes los hombres no pueden saber lo que es un hombre viejo afortunado en amores. ¿Qué interior no será el de un hombre acostumbrado á las adulaciones de las mujeres de la alta sociedad, que no tiene ya incienso ni incensario y que se siente celoso por lo mismo? Cuando el señor de Maufrigneuse fué todo mío, yo quise ser una buena mujer; pero choqué con todas las asperezas de mi espíritu enfermo, con todos los caprichos de la impotencia, con todas las puerilidades de la necedad, con un hombre, en fin, que era la más fastidiosa elegía del mundo y que me trataba como á una niña, complaciéndose en humillar mi amor propio á cada paso, haciéndome comprender mi ignorancia en todo. A cada instante me hería, é hizo todo lo posible para que me fuese detestable y me diese derecho á hacerle traición. Sin embargo, fui víctima de mi corazón y de mi deseo de obrar bien durante tres ó cuatro años. ¿Sabe usted la frase infame que me movió á hacer tantas locuras? ¿Inventaron ustedes

nunca las sublimes calumnias que inventa el mundo? «La duquesa de Maufrigneuse vuelve á estar con su marido»—se decía.—«¡Bah! es por depravación. Siempre es un triunfo reanimar á un muerto, que es lo único que á ella le quedaba que hacer»—respondió mi mejor amiga, una jovencita, aquella en cuya casa tuve la dicha de encontrarle.

—¡La señora de Espard!—exclamó Daniel haciendo un gesto de horror.

—¡Ah! la he perdonado, amigo mío. En primer lugar, la frase es excesivamente ingeniosa y tal vez yo misma he dicho epigramas más crueles acerca de pobres mujeres tan puras como lo era yo entonces.

Arthez volvió á besar la mano á aquella santa mujer que, después de haber despedazado á su madre y de haber hecho lo propio con el príncipe de Cadiñán, se sacrificaba ella misma y se decía culpable á fin de adquirir á los ojos del cándido escritor esa virginidad que la mujer más necia procura ofrecer á su amante á toda costa.

—Ya comprenderá usted, amigo mío, que yo entré en el mundo con brillo para alcanzar en él triunfos. Tenía que conquistar mi independencia y neutralizar los deseos del señor de Maufrigneuse. Hice, pues, vida disipada por muchas razones, y para aturdirme, para olvidar la vida real con una vida fantástica, brillé, di fiestas, hice la princesa y adquirí deudas. En mi casa descansaba durmiendo de las fatigas y renacía para el mundo hermosa, alegre y loca; pero en esta triste lucha de la fantasía contra la realidad me comí mi fortuna y llegó la revolución de 1830 en el momento en que encontraba al final de aquella existencia de *Las mil y una noches* el amor santo y puro que (soy franca) deseaba conocer. Confiélelo usted, ¿no era esto natural en una mujer cuyo corazón comprimido por tantas causas y accidentes despertaba á la edad en que la mujer se siente engañada y en que yo veía en torno mío tantas mujeres felices con el amor? ¡Oh! ¿por qué fué tan respetuoso conmigo Miguel Chrestien? Aquello fué para mí una nueva burla. ¿Qué quiere usted? Al caer lo he perdido todo y no he conservado ilusiones acerca de nada. En fin, que me hallé desencantada del mundo cuando me era preciso abandonarlo. Hay en esto algo de providencial, como en las insensibilidades que nos preparan para la muerte. Entonces todo ayudaba á mis planes, y los desastres de la monarquía y sus ruinas me ayudaron á se-

pultarme. Mi hijo me sirve de consuelo en muchas cosas. El amor maternal nos hace ver que todos los demás sentimientos son engañosos, y el mundo se asombra de mi retiro cuando he encontrado en él la felicidad. ¡Oh! ¡si supiese usted cuán feliz es aquí la pobre criatura que tiene en su presencia! Sacrificándolo todo por mi hijo, olvido las felicidades que ignoro y que ignoraré siempre. ¿Quién podría creer que la vida se traduce para la princesa de Cadiñán en una mala noche de novios, y que todas las aventuras que le atribuyen fueron originadas por la lucha entre una chiquilla y dos horribles pasiones? Nadie. Hoy lo temo todo, y tal vez rechazaré un sentimiento verdadero, un amor puro y sincero, al recordar tantas falsedades y desgracias, del mismo modo que los ricos explotados por bribones que simulan la miseria rechazan después al que en realidad la padece. Todo esto es horrible, ¿verdad? Sí, pero créame usted que lo que le digo es la historia de muchas mujeres.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono de broma y de ligereza que recordaba á la mujer elegante y burlona. Arthez estaba absorto. A sus ojos las gentes que los tribunales envían á presidio por haber matado, por haber robado con circunstancias agravantes, eran santos en comparación de ciertas gentes de la alta sociedad. Aquella atroz elegía forjada en el arsenal de la mentira y templada en las aguas del Estigia parisiense había sido dicha con el inmutable acento de la verdad. El escritor contempló un momento á aquella adorable mujer sumida en un sofá, anonadada por aquella revelación y abismada al parecer en el recuerdo de sus pasados dolores.

—Y juzgue usted—continuó ella—la impresión que debió causarme el amor de su amigo; pero por una atroz burla de la suerte... ó Dios tal vez..., porque entonces, lo confieso, un hombre, un hombre digno de mí, me hubiese encontrado débil; ¡tanta sed tenía de dicha! Pero, en fin, ha muerto, y ¡ha muerto salvando la vida de quién? ¡Del señor de Cadiñán! ¿Se asombra usted de hallarme pensativa?

Este fué el último golpe, y el pobre Arthez no lo resistió, y arrodillándose, apoyó la cabeza en las manos de la princesa y lloró, derramó esas dulces lágrimas que derramarían los ángeles, si los ángeles llorasen. Cuando Diana tuvo la cabeza entre sus manos pudo dejar errar en sus labios una maliciosa sonrisa de triunfo, la sonrisa que tendrían los mo-

nos cuando hacen alguna travesura, si los monos supiesen reir.

—¡Ah! ¡ya le tengo!—pensó la princesa.

Y en efecto, le tenía.

—¡Pero usted es!...—dijo Arthez levantando su hermosa cabeza y mirando á la princesa con amor.

—Virgen y mártir—continuó ella sonriendo de la vulgaridad de este antiguo dicho, aunque dándole un sentido encantador con aquella sonrisa llena de cruel alegría.—Si me hace usted reir, es porque pienso en la princesa que conoce el mundo, en aquella duquesa de Maufrigneuse que dicen haberse entregado á de Marsay, al infame Trailles, al tonto Esgrignon, á Rastignac, á Rubempré, á embajadores ó á ministros ó generales rusos, ¿qué se yo? á Europa entera. Se ha hablado mucho de este álbum que yo encargué, creyendo que los que me admiraban eran amigos míos. ¡Ah! ¡esto es espantoso! No comprendo cómo dejo que un hombre permanezca á mis pies. Despreciarlos á todos, tal debería ser mi religión.

Dicho esto, se levantó y se encaminó al alféizar de la ventana con paso lleno de majestuosidad.

Arthez permaneció en su sitio sin atreverse á seguir á la princesa, pero mirándola, y la oyó que se sonaba sin sonarse. ¿Cuál es la princesa que se suena? Diana imaginaba lo imposible para hacer creer en su sensibilidad. Arthez creyó que su ángel lloraba, y corrió hacia ella para cogerla por el talle y estrecharla contra su corazón.

—No, déjeme usted, tengo demasiadas dudas para ser buena para nada—murmuró con voz débil.—Reconciliarme con la vida es una labor superior á las fuerzas de un hombre.

—Diana, yo la amaré á usted toda la vida y la indemnizaré de los disgustos sufridos.

—No, no me hable usted de ese modo. En este momento me siento avergonzada y temblorosa como si hubiese ejecutado el mayor de los pecados.

La princesa había vuelto á fingir de nuevo la inocencia de una niña, y sin embargo se mostraba tan augusta, grande y noble como una reina. Es imposible descubrir el efecto de este manejo tan hábil, que llegaba á parecer cierto para un alma sencilla y franca como la de Arthez. El gran escritor quedó mudo de admiración esperando una frase, mientras

que la princesa esperaba un beso, sin tener en cuenta que resultaba demasiado sagrada para Arthez. Cuando Diana sintió frío y los pies helados, volvió á sentarse en el sofá, al mismo tiempo que pensaba, contemplando la espaciosa frente y la sublime cabeza de Daniel.

—Esto será muy largo.

—¿Es esto una mujer?—se preguntaba al mismo tiempo aquel profundo observador del corazón humano.—¿Cómo obrar con ella?

Hasta las dos de la mañana pasaron el tiempo diciéndose esas tonterías que las mujeres de genio como la princesa saben hacer adorables. Diana pretendía estar demasiado ajada, vieja y pasada, y Arthez le probó, cosa de que ella estaba convencida, que tenía la piel más delicada, más blanca y más perfumada y que estaba en la flor de su juventud. De este modo discutieron uno por uno acerca de todos los detalles por medio de frases como: «¿Cree usted?» «¡Está usted loco!» «Es el deseo.» «Dentro de quince días me verá usted tal cual soy.» «En fin, yo voy para los cuarenta años.» «¿Se puede amar á una mujer tan vieja?» Arthez empleó impetuosa elocuencia plagada de los epítetos más exagerados, y cuando la princesa oyó á aquel ingenioso escritor diciendo tonterías como un cadete enamorado, lo escuchó con aire absorto, si bien riéndose para sus adentros.

Cuando Arthez estuvo en la calle, se preguntó si no debía haber estado menos respetuoso, y repasó en su memoria aquellas extrañas confidencias que, como es natural, nos hemos visto obligados á abreviar aquí, y que hubieran exigido todo un libro para ser narradas con toda su meliflua extensión y con todos los modales de que fueron acompañadas. La perspicacia retrospectiva de aquel hombre tan natural y tan profundo fué burlada por la naturalidad y la profundidad de aquella novela, y por el acento de la princesa.

—Es verdad—se decía sin poder dormir.—En el mundo hay muchos dramas de esta clase. El mundo cubre semejantes horrores con las flores de su elegancia, con los bordados de su maledicencia y con el ingenio de sus relatos. Nosotros no inventamos nunca más que lo verdadero. ¡Pobre Diana! Miguel había presentado ese enigma y sabía decirme que bajo esa capa de hielo había volcanes. Bianchon y Rastignac tienen razón; cuando un hombre puede confundir las grandezas del ideal y los goces del deseo amando á una mujer educada

y llena de ingenio y de delicadeza, debe ser una dicha sin nombre.

Y esto diciendo, Daniel sondaba su amor y lo encontraba infinito.

Al día siguiente, á eso de las dos de la tarde, la señora de Espard, que hacía más de un mes que no veía á la princesa y que no había recibido siquiera una carta de ella, fué á visitarla movida por una excesiva curiosidad. Nada más divertido que la conversación de aquellas dos finas culebras durante la primera hora. Diana de Uxelles se guardaba como de llevar un traje amarillo de hablar de Daniel Arthez, y la marquesa merodeaba en torno de este punto como un bejuco en torno de una rica caravana. Diana se divertía y la marquesa rabiaba. Diana esperaba, y quería utilizar á su amiga convirtiéndola en una perra de caza. De aquellas dos mujeres tan célebres en el mundo actual, una era más lista que la otra. La princesa dominaba á la marquesa y ésta reconocía interiormente esta superioridad. Tal vez estaba en esto el secreto de aquella amistad. La más débil se pertrechaba en su falso cariño, esperando la hora de poder saltarle á la garganta para darle un gozoso mordisco. Diana veía la situación con claridad. El mundo entero era engañado por los recíprocos mimos que se prodigaban aquellas dos amigas. En el instante en que la princesa vió que su amiga se disponía á interrogarle, le dijo:

—Querida mía, le debo á usted una dicha completa, infinita, celestial.

—¿A qué se refiere usted?

—¿Se acuerda de lo que nos decíamos hace tres meses en aquel jardinito, sentadas en un banco al sol debajo de aquel jazmín? ¡Ah! sólo los hombres de genio saben amar. Yo aplicaría gustosa á Daniel Arthez la frase del duque de Alba á Catalina de Médicis: la cabeza de un salmón vale tanto como la de todas las ranas.

—Ahora ya no me asombra no verla á usted.

—Angel mío, si lo ve usted, prométame no decirle una palabra de mí—dijo la princesa tomándole una mano á la marquesa.—Soy feliz, ¡oh! feliz como nunca, y ya sabe usted cuanto puede dañarnos una frase ó una broma. Hay quien sabe poner tanto veneno en una palabra, que muchas veces mata. ¡Si supiera usted cuanto le deseo desde hace ocho días una pasión semejante! En fin, es dulce, es grato, es en reali-

dad un gran triunfo para una mujer, acabar nuestra vida adoradas por un amor ardiente, puro, abnegado, completo, infinito, sobre todo cuando se ha buscado durante tanto tiempo.

—¿Por qué me pide usted que permanezca fiel á mi mejor amiga?—dijo la señora de Espard.—¿Me cree usted capaz de jugarle una mala pasada?

—Cuando una mujer posee un tesoro semejante, el temor de perderlo es un sentimiento tan natural, que da miedo. Yo veo que soy injusta, pero perdóneme usted, querida mía.

Algunos momentos después, la marquesa salió, y al verla marcharse, la princesa se dijo:

—¡Como va á acabar de arreglarme! ¡Oh! ¡ojalá diga todo lo que sabe de mí! Para ahorrarle el trabajo de que busque á Daniel, yo misma voy á enviárselo.

A las tres, algunos instantes después, Arthez se presentó, y la princesa, en lugar de entablar una conversación interesante, empezó interrumpiéndole para decirle:

—Dispense usted, amigo mío; pero no quiero que se me olvide una cosa que parece una tontería y que sin embargo tiene gran importancia. No ha vuelto usted á poner los pies en casa de la señora de Espard desde el día mil veces feliz en que le encontré allí, y tengo que rogarle que vaya no por usted ni por cortesía, sino por mí. Tal vez me haya procurado usted una enemiga si ella ha sabido por casualidad que no ha salido usted de mi casa desde el día en que comimos en la suya. Por otra parte, amigo mío, no quisiera que abandonase usted sus relaciones ni sus preocupaciones, porque volvería aun á verme atrozmente calumniada. ¿Qué no dirían de mí? Que absorbo su tiempo, que temo las comparaciones, que quiero aún hacer hablar de mí y que procuro retener bien mi conquista porque ya sé que es la última. ¿Quién podría adivinar que es usted mi único amigo? Si me ama usted tanto como dice, debe usted hacer creer al mundo que somos pura y sencillamente dos hermanos. Continúe usted.

Arthez quedó disciplinado para siempre gracias á la inefable dulzura con que aquella deliciosa mujer arreglaba su bata para caer con toda elegancia. Había en estas palabras un no se qué tan puro y tan delicado, que le arrancaron las lágrimas. La princesa se apartaba de todas las condiciones innobles y plebeyas de las mujeres que se van defendiendo

poco á poco sobre divanes. Diana desplegabá una grandeza inaudita y no necesitaba decir que la unión había de ser acordada entre ellos noblemente. No era ayer, ni mañana, ni hoy, sería cuando quisieran ambos, sin las interminables preparaciones de lo que las mujeres vulgares llaman un sacrificio, en el que sin duda saben todo lo que tienen que perder, mientras que aquella fiesta es un triunfo para las mujeres seguras de salir gananciosas.

En aquella frase todo era vago como una promesa, dulce como una esperanza, y sin embargo cierto como un derecho. ¡Confesémoslo! Esta clase de grandezas no pertenecen más que á esas ilustres y sublimes engañadoras que siguen siendo reinas cuando las demás mujeres pasan á ser esclavas. Entonces pudo medir Arthez la distancia que existe entre estas mujeres y las otras. La princesa se mostraba siempre digna y hermosa. El secreto de esta nobleza estriba sin duda en el arte con que las grandes damas saben despojarse de sus velos. En semejante situación llegan á estar como estatuas antiguas, y si guardasen un trapillo resultarían impúdicas. La plebeya siempre procura envolverse en algo.

Lleno de ternura, Arthez obedeció y fué á casa de la señora de Espard, la cual desplegó con él sus más encantadoras coqueterías. La marquesa se guardó bien de decir nada á Arthez acerca de la princesa y se limitó únicamente á invitarle á comer un día.

Arthez encontró mucha gente el día que fué á comer. La marquesa había invitado á Rastignac, á Blondet, al marqués de Adjuda-Pinto, á Máximo de Trailles, al marqués de Esgrignon, á los dos Vandenesse, á Tillet, al baron de Nucingen, á Nathan, á lady Dudley, á dos de los agregados más pérfidos de la embajada y al caballero de Espard.

Máximo de Trailles le preguntó riendo á Arthez:

—¿Ve usted mucho á la princesa de Cadiñán?

Arthez respondió á esta pregunta con una leve inclinación de cabeza. Máximo de Trailles era un elegante sin fe ni ley, capaz de todo, que arruinaba á las mujeres que se unían á él, haciéndolas empeñar hasta sus diamantes, pero que cubría las apariencias con un exterior brillante, encantadores modales y un ingenio satánico. A todo el mundo le inspiraba igual desprecio y temor, pero como nadie se atrevía á demostrarle más que simpatías, él no podía apercibirse de nada ó fingía que no se apercibía. Debía al conde de

Marsay el mayor grado de elevación á que podía llegar. De Marsay, que conocía á Máximo hacía mucho tiempo, le había juzgado capaz de desempeñar ciertas funciones secretas y diplomáticas que le daba. Arthez estaba metido en política hacía ya bastante tiempo para conocer á fondo el personaje y él sólo tenía tal vez carácter para expresar en voz alta todo lo que el mundo pensaba en voz baja.

—¿Es acaso por ella por lo que abandona usted la cámara?—dijo el barón de Nucingen.

—¡Ah! la princesa es una de las mujeres más peligrosas que puede haber para un hombre—exclamó tranquilamente el marqués de Esgrignon.—Yo le debo la infamia de mi matrimonio.

—¡Peligrosa!—dijo la señora de Espard.—No hable usted así de mi mejor amiga. Nunca he visto ni he sabido nada de la princesa que no obedeciese á los sentimientos más elevados.

—Déjele hablar al marqués—exclamó Rastignac.—Cuando un hombre ha sido desazonado por un bonito caballo á causa de sus vicios, lo vende.

Picado por esta frase, el marqués de Esgrignon miró á Daniel de Arthez y le dijo:

—Caballero, supongo que sus relaciones con la princesa no serán tan íntimas que me impidan hablar.

Arthez guardó silencio. Esgrignon, que no carece de talento, le respondió á Rastignac haciendo un retrato apologético de la princesa que puso á todos los comensales de buen humor. Como que esta burla era excesivamente obscura para Arthez, se inclinó hacia la señora de Montcornet, su vecina, y le preguntó el significado de la broma.

—A juzgar por la buena opinión que usted tiene de la princesa, todos los convidados, á excepción de usted, han merecido favores de ella, según se dice.

—Yo puedo asegurarle á usted que esa opinión es completamente falsa—respondió Daniel.

—Sin embargo, ahí está el señor de Esgrignon, que es un verdadero noble, el cual se arruinó por completo por ella hace doce años y por ella también estuvo á punto de subir al patíbulo.

—Conozco ese hecho—dijo Arthez.—La señora de Cadiñán salvó en aquella ocasión al señor de Esgrignon y he aquí cómo se lo paga hoy.

La señora de Montcornet miró á Arthez con un asombro y una curiosidad casi estúpidos, y después fijó sus ojos en la señora de Espard como para decirle:

—¡Está embrujado!

Durante esta corta conversación, la señora de Cadiñán era protegida por la señora de Espard, pero con esa protección semejante á la de los pararrayos, que atraen el rayo. Arthez, por su parte, volvió á mezclarse en la conversación general y oyó que Máximo de Trailles decía lo siguiente:

—En Diana la depravación no es un efecto, sino una causa, y tal vez debe á esta causa sus muchas simpatías. La duquesa no necesita inventar ni buscar nada, y le ofrece á uno las escenas de más refinada comiquería como una inspiración del amor más sencillo, y esto lo hace con tal maña, que es imposible no darle fe.

Esta frase, que parecía haber sido preparada por un hombre del alcance de Arthez, era tan fuerte, que fué una especie de conclusión. Todo el mundo dejó de hablar de la princesa, como dándola por vencida. Arthez miró á Trailles y á Esgrignon con aire burlón.

—La mayor falta de esa mujer consiste en entrar en competencia con los hombres—dijo el eminente escritor.—Disipa como ellos bienes parafernales, envía á sus amantes á casa de los usureros, devora dotes, arruina á huérfanos y tal vez inspira y comete crímenes; pero...

Ninguna de las dos personas á quienes respondía Arthez había oído nunca nada tan fuerte. Al advertir este pero, la mesa entera quedó sorprendida, todos permanecieron con el tenedor en el aire y los ojos fijos alternativamente en el valeroso escritor y en los asesinos de la princesa, esperando la conclusión en medio de un horrible silencio.

—Pero—dijo Arthez con tono burlón—la señora princesa de Cadiñán tiene una ventaja sobre los hombres. Cuando uno se ha puesto en peligro por ella, le salva y no dice mal de nadie. ¿Por qué no había de haber entre las mujeres una que se burlase de los hombres, como los hombres se burlan de ellas? ¿Por qué el bello sexo no habría de tomar de cuando en cuando una revancha?

—El genio es más fuerte que el ingenio—le dijo Blondet á Nathan.

Aquella avalancha de epigramas fué en efecto como el fuego de una pieza de cañón opuesta á una descarga de fu-

silería. Todo el mundo se apresuró á cambiar de conversación. Ni el conde de Trailles ni el marqués de Esgrignon parecieron dispuestos á discutir con Arthez. Cuando se sirvió el café, Blondet y Nathan fueron á unirse al escritor con un apresuramiento que nadie se atrevía á imitar; tan difícil era conciliar la admiración inspirada por su conducta y el temor de crearse dos poderosos enemigos.

—Ya hacía tiempo que sabíamos que el carácter de usted iguala en grandeza á su talento—dijo Blondet.—Ha hablado usted aquí, no ya como un hombre, sino como un Dios; no dejarse dominar por su corazón ni por su imaginación; no haber tomado la defensa de una mujer amada, falta que se esperaba que usted cometiese, y que hubiese hecho triunfar á este mundo corroído de celos contra las ilustraciones literarias... ¡Ah! permítame usted que se lo diga, es lo sublime de la política elevada.

—Es usted un hombre de Estado—dijo Nathan.—Es tan hábil como difícil vengar á una mujer sin defenderla.

—La princesa es una de las heroínas del partido legitimista, ¿no es un deber para todo hombre de corazón defenderla á pesar de todo?—respondió fríamente Arthez.—Lo que ha hecho por la causa de sus amos, dispensaría las mayores locuras.

—Obra con prudencia—dijo Nathan á Blondet.

—Enteramente lo mismo que si la princesa valiese la pena, respondió Rastignac, que se había unido á ellos.

Arthez se fué á casa de la princesa, que le esperaba con la mayor ansiedad. El resultado de aquella experiencia que Diana había favorecido podía serle fatal. Por la primera vez en su vida, aquella mujer sufría realmente tanto, que sudaba de congoja. No sabía qué partido tomar en el caso de que Arthez creyese al mundo, que decía la verdad, en lugar de creerla á ella, que mentía, pues jamás había tenido á su alcance un carácter tan hermoso, un hombre tan completo, un alma tan pura, una conciencia tan ingenua. Si había urdido semejantes mentiras lo había hecho llevada del deseo de conocer el verdadero amor que sentía ya despuntar en su corazón. Sí, ella amaba á Arthez y estaba condenada á engañarle, á seguir siendo para él la sublime actriz que había representado una comedia en su presencia. Cuando oyó los pasos de Daniel en el comedor, sintió una conmoción y un estremecimiento que agitó todo su ser, y este estado suyo,

que no había tenido igual durante toda su aventurera vida le hizo conocer que se había jugado su dicha. Sus ojos que vagaban errantes en el espacio, se fijaron en Arthez y le penetraron hasta leer en su alma, convenciéndose de que la sospecha no había logrado contagiar su amor. Entonces el terrible estado en que la había puesto el temor desapareció y la alegría estuvo á punto de ahogar á la feliz Diana, pues generalmente las criaturas tienen más fuerza para soportar las penas, que para resistir las extremas alegrías.

—Daniel, me han calumniado y tú me has vengado—exclamó la princesa levantándose y abriendo los brazos.

En medio del profundo asombro que le causaban aquellas palabras, cuyas raíces eran invisibles para él, Daniel se dejó coger la cabeza y la princesa le besó santamente en la frente.

—¿Cómo ha sabido usted?..

—¡Oh! necio ilustre, ¿no ves que te amo con locura?

Desde aquel día no se ha vuelto á hablar más de la princesa de Cadiñán ni de Arthez. La princesa ha heredado de su madre alguna fortuna, pasa todos los veranos en Ginebra en una casa de campo con el gran escritor y vuelve á París á pasar algunos meses del invierno. A Arthez sólo se le ve en la Cámara, y sus publicaciones se han hecho excesivamente raras. ¿Es esto un desenlace? Para las gentes de talento, sí; mas no para los que quieren saberlo todo.

En los Jardies, Julio de 1830

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS EMPLEADOS

Á LA CONDESA SERAFINA PORCIA DE SAN SEVERINO

Obligado á leerlo todo para procurar no repetir nada, hace unos días hojeaba los trescientos cuentos más ó menos picarescos de Il Bandello, escritor del siglo XVI poco conocido en Francia, cuentos publicados últimamente en Florencia en la edición compacta de los narradores italianos, cuando el nombre de usted y el del señor conde impresionaron mis ojos, cual si la viese á usted misma, señora. Leía por primera vez Il Bandello en el texto original, y aunque no sin sorpresa, he encontrado que cada cuento, aunque sólo conste de cinco páginas, está dedicado, mediante una carta familiar, á los reyes, á los príncipes, á los personajes más ilustres del tiempo, entre los cuales resaltan los nobles del Milanesado, del Piamonte, patria de Il Bandello, de Florencia y de Génova. Allí están los *Dolcini* de Mantua, los *San Severini* de Crema, los *Visconti* de Milán, los *Guidoboni* de Tortona, los *Sforza*, los *Doria*, los *Fregose*, los *Dante Alighieri* (aun existía uno), los *Frascati*, la reina Margarita de Francia, el emperador de Alemania, el rey de Bohemia, Maximiliano, archiduque de Austria, los *Médici*, los *Sauli*, *Pallavicini*, *Bentivoglio* de Bolonia, *Soderini*, *Colonna*, *Scaliger*, los *Cardona* de España. En Francia: los Marigny, Ana de Polignac, princesa de Marcignac y condesa de la Rochefoucauld, el cardenal de Armagnac, el obispo de Cahors, en fin, toda la gran compañía del tiempo, feliz y satisfecha de su correspondencia con el sucesor de Bocaccio. He visto también cuanta nobleza de carácter tenía Il Bandello, pues si ha adornado su obra con estos nombres ilustres, no ha revelado la causa de sus amistades privadas. Después de la *signora Gallerana*, condesa de Bérgamo, viene el médico á quien dedicó su cuento de Romeo y Julieta; después de la *signora molto magnifica Hipólita Visconti ed Atellana*, viene el sencillo capitán de caballería ligera, Livio Liviano; después del duque de Orleans, un predicador; después de una Riario, viene *messer magnifico Girolamo Ungaro mercante lucchese*, hombre virtuoso el que cuenta como un *gentiluomo navarese sposa una che era sua sorella et figliuola non lo sapendo*, asunto que le había sido enviado por la reina de Navarra. Yo he pensado, que al igual que Il Bandello, podía colocar uno de mis relatos bajo la protección de una *virtuosa gentilissima illustrissima contessa Serafina san Severino* y dirigirlle verdades que serán tomadas por adulaciones. ¿Por qué no confesar cuán orgulloso me siento de atestiguar aquí y en todas partes, lo mismo hoy que en el siglo XVI, que los escritores, por grande que sea la altura en que los coloca el mundo, se consuelan de las calumnias, de las injurias y de las amargas críticas con hermosas y nobles amistades cuyos sufragios les ayudan á soportar las vejaciones de la vida literaria? París, este cerebro del mundo, le ha agradado á usted tanto con la agitación continua de sus espíritus, ha sido tan bien comprendido por su delicada inteligencia veneciana; ha admirado tanto usted este rico salón de Gerard que hemos perdido y donde se veían, como en la obra de Il Bandello, las inteligencias europeas de este cuarto de siglo; además, las brillantes fiestas, las inauguraciones que hace esta grande y peligrosa sirena la han maravillado tanto, y ha expresado usted con